



Conversaciones con
Álvaro Siza
Benedetta Tagliabue
José Antonio Ramos
Luigi Snozzi

El lugar,
entre experiencias e intenciones

Carlos Alberto Tostado Martínez

Carlos Alberto Tostado Martínez

EL LUGAR, ENTRE EXPERIENCIAS E INTENCIONES
Conversaciones con Siza, Tagliabue, Ramos y Snozzi

Tostado Martínez , Carlos Alberto

El lugar, entre experiencias e intenciones : conversaciones con Siza, Tagliabue, Ramos y Snozzi / Carlos Alberto Tostado Martínez . - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Diseño, 2017.

200 p. ; 21 x 15 cm. - (Textos de arquitectura y diseño)

ISBN 978-987-4160-47-8

1. Arquitectura . 2. Historia de la Arquitectura. I. Título.
CDD 720.9

Textos de Arquitectura y Diseño

Director de la Colección:

Marcelo Camerlo, Arquitecto

Diseño de Tapa:

Liliana Foguelman

Diseño gráfico:

Karina Di Pace

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina / Printed in Argentina

La reproducción total o parcial de esta publicación, no autorizada por los editores, viola derechos reservados; cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

© de los textos, Carlos Alberto Tostado Martínez

© del prólogo, José Ángel Hidalgo Arellano

© de las imágenes, sus autores

© 2017 de la edición, Diseño Editorial

I.S.B.N. 978-987-4160-47-8

Octubre de 2017

En venta:

LIBRERÍA TÉCNICA CP67

Florida 683 - Local 18 - C1005AAM Buenos Aires - Argentina

Tel: 54 11 4314-6303 - Fax: 4314-7135 - E-mail: cp67@cp67.com - www.cp67.com

FADU - Ciudad Universitaria

Pabellón 3 - Planta Baja - C1428BFA Buenos Aires - Argentina

Tel: 54 11 4786-7244

CMD - Centro Metropolitano de Diseño

Algarrobo 1041 - C1273AEB Buenos Aires - Argentina

Tel: 54 11 4126-2950, int. 3325

Carlos Alberto Tostado Martínez

EL LUGAR, ENTRE EXPERIENCIAS E INTENCIONES
Conversaciones con Siza, Tagliabue, Ramos y Snozzi

diseño

EL LUGAR, ENTRE EXPERIENCIAS E INTENCIONES

Conversaciones con Siza, Tagliabue,
Ramos y Snozzi

A mi familia.

*El hombre bueno es el edificador, si edifica lo que es bueno.
Os enseñaré las cosas que se hacen ahora,
y alguna de las cosas que se hicieron hace tiempo,
para que os animéis. Haced perfecta vuestra voluntad.
Dejad que os muestre el trabajo de los humildes. Escuchad.*

T. S. ELIOT, *Coros de «La piedra»*

ÍNDICE

12	Prólogo
	HACIA UNA DEFINICIÓN DE LUGAR: LA QUINTA CONVERSACIÓN
	José Ángel Hidalgo Arellano
16	Introducción
	POR UNA ARQUITECTURA DEL DIÁLOGO
	Carlos Alberto Tostado Martínez
28	I. DE LA HISTORIA COMO PROYECTO
30	Conversación con Álvaro Siza sobre el Chiado
64	Conversación con Benedetta Tagliabue sobre Santa Caterina
96	II. DEL PROYECTO COMO HISTORIA
98	Conversación con José Antonio Ramos sobre Alcázar de San Juan
154	Conversación con Luigi Snozzi sobre Monte Carasso

Prólogo

HACIA UNA DEFINICIÓN
DE LUGAR: LA QUINTA
CONVERSACIÓN

José Ángel Hidalgo Arellano

Arquitecto, 2001; doctor arquitecto, 2016. Es Associate Professor del Departamento de Arquitectura de la Xi'an Jiaotong - Liverpool University en Suzhou, China.

*Los dioses no tuvieron más sustancia que la que tengo yo.
Yo tengo, como ellos, la sustancia de todo lo vivido y de todo
lo por vivir.
No soy presente sólo, sino fuga raudal de cabo a fin.*

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ, *Espacio*

Mientras preparo unas palabras de introducción para estas conversaciones, tengo sobre la mesa los primeros versos del poema *Espacio*. Lo escribe Juan Ramón cuando apenas hace unos meses que ha llegado a Miami¹ y está en el inicio de un largo exilio que le llevará por diversos puntos del continente americano hasta su muerte en Puerto Rico en 1958. Por eso no es una sorpresa que, mientras profundiza en la realidad y la esencia de la poesía (el tema vertebrador y recurrente de toda su obra), parece perder fe en el presente más inmediato y superficial y necesita ahondar en la naturaleza del tiempo y del espacio en busca de un anclaje más profundo que el que recibe de su historia más reciente.

“No soy presente sólo, sino fuga raudal de cabo a fin.” En su realidad poética –en sí mismo– descubre que el tiempo fluye y le alimenta con “la sustancia de todo lo vivido y de todo lo por vivir.” Y un poco más adelante abunda en el tema diciendo: “No es el presente sino un punto de apoyo o de comparación, más breve cada vez; y lo que deja y lo que coje [sic], más, más grande”.

El presente –el proyecto podríamos decir nosotros– se sitúa en un punto de potencial extremo. El proyecto recoge el pasado, se alimenta de él, “dialogando con la historia”² y pone en marcha, da paso al futuro,

¹ Juan Ramón Jiménez escribe el poema hacia 1940 en Miami y se publica unos años más tarde en México.

² Tagliabue, p. 91.

descubriendo “cuál es la vocación de un lugar”.³ En ese “lo que deja y lo que coje”, que diría Juan Ramón, la arquitectura va emergiendo y se va haciendo “más, más grande”. Conteniendo la “fuga raudal” del tiempo, se va mostrando llena de posibilidades y cargada de razón.

Estas reflexiones de Juan Ramón sobre el presente me parecen luminosas y muy adecuadas para entender la visión del proyecto y su relación con la historia, tal y como se va desgranando en las conversaciones que vienen a continuación.

El lugar es el tema de las cuatro conversaciones. Lisboa, Barcelona, Alcázar de San Juan y Monte Carasso son lugares concretos. Son el punto de partida a través del cual cada uno de los arquitectos va mostrando sus obras y desplegando sus ideas. Cada conversación gira en torno a uno de estos lugares y de ahí emergen numerosas obras a lo largo y ancho del tiempo y del espacio. Toda esta constelación de referencias va dando forma al concepto del lugar.

Gracias al diálogo que cada uno establece con los personajes de este libro, el lugar se va manifestando como una realidad riquísima, como “una entidad poética y un misterio”,⁴ y va mostrando innumerables perfiles. El lector se encuentra ante cada uno de los proyectos que aquí se presentan, de las ideas que se enuncian—incluso de las que se silencian—y construye él mismo su conversación: la quinta conversación. Es en esta conversación donde la esencia del lugar, hecha de “la sustancia de todo lo vivido y de todo lo por vivir”, va saliendo a la luz.

El lugar es la suma del espacio y el tiempo. Es el tiempo en un espacio y el espacio en un tiempo. La indisoluble relación entre espacio y tiempo se resuelve en el lugar. El lugar tiene una dimensión espacial y también una dimensión temporal. Por eso, el lugar contiene la historia. No sólo desde el punto de vista del estilo, sino desde una esencia espacial y social mucho más profunda.⁵

No hay arquitectura sin lugar y no hay lugar sin arquitectura. Habitar un espacio es crear un lugar. Hacer arquitectura es crear un lugar y recono-

³ Siza, p. 49.

⁴ Ramos, p. 102.

⁵ Cf. Snozzi, pp. 195-197.

cerlo al mismo tiempo. El lugar “es uno de los instrumentos de proyecto más importante”,⁶ dota de una lógica a la arquitectura, que está por encima de los caprichos del arquitecto,⁷ y que la hace pura manifestación.

El lugar representa la permanencia.⁸ En el diálogo con el lugar, el proyecto puede alimentarse de la historia y encontrar la forma del futuro en las raíces, como en el Chiado o en Santa Caterina. En otras ocasiones, el proyecto ayuda a fijar el lugar. El lugar “se está haciendo”, “está esperando”,⁹ y la misión del arquitecto es “dotar de cierta densidad histórica al lugar”.¹⁰ En estos casos, el lugar recibe la historia gracias a la arquitectura y pasa a ser depositario de la permanencia.

Y, finalmente, el lugar crea la identidad, contiene en buena medida la identidad del hombre. Si el hombre habita poéticamente, como diría Heidegger, su relación con el lugar no es sólo física. La relación del hombre con el lugar es afectiva, cognitiva y social. El hombre necesita un punto de referencia, un lugar en el mundo desde el que todo nace; desde el que todo se ordena y se entiende; desde el que todo toma sentido.

Lo entendió muy bien Juan Ramón cuando escribió: “Te llevaré Moguer a todos los lugares y a todos los tiempos, serás por mí, pobre pueblo mío, a despecho de los logrereros, inmortal.” Encontramos aquí más allá de una promesa de gloria, un reconocimiento del origen, del lugar fuente que nos nutre sin cesar, como un misterio inagotable, a lo largo de la vida: “¡Espacio y tiempo y luz en todo yo, en todos y yo y todos! ¡Todo es nuestro y no se nos acaba nunca!”.¹¹

⁶ Siza, p. 49.

⁷ Cf. Ramos, pp. 113 y 135.

⁸ Cf. Snozzi, p. 175.

⁹ Ramos, p. 101.

¹⁰ Tagliabue, p. 73.

¹¹ Juan Ramón Jiménez, *Espacio*. Todas las citas del poema han sido extraídas de: Jiménez, Juan Ramón, *Tercera Antología Poética*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1957.

Introducción
POR UNA ARQUITECTURA
DEL DIÁLOGO

Carlos Alberto Tostado Martínez

En los distritos XV, XIII y V, los inmuebles de finales del siglo XIX o de principios del XX desaparecen uno a uno, reemplazados por otros un poco menos feos y tristes que los de los años sesenta, de modo que una nueva clase de uniformidad va sustituyendo a otra. No tengo nada que reprochar a esa uniformidad, excepto que le falte originalidad, que no diseñe un París nuevo, sino una ciudad comodín, sin pasado ni porvenir.

MARC AUGÉ, *El tiempo en ruinas*

El tiempo histórico no es el pasado, sino el futuro que hace diferente lo similar.

REINHART KOSELLECK, *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos*

En un mundo que camina presurosamente hacia la globalidad, parece no haber cabida para la excepción y la diferencia. Sin embargo, la pluralidad de opiniones, la diversidad de tendencias o las reivindicaciones regionalistas nos hacen percibir de forma clara, y en ocasiones cruda, la heterogeneidad que conforma nuestro mundo. Esta *aldea global*, cada vez más homogénea en sus costumbres, acciones y pensamientos, no deja de estar formada de individualidades. Lo cual no es ni debería ser jamás un problema, sino, al contrario, una inagotable fuente de riquezas, ya que la *diferencia*, que da origen a la diversidad, *potencia nuestra libertad al ofrecernos la posibilidad de elegir*.

A esto se refiere el filósofo español José Ortega y Gasset, en un conjunto de artículos que comenzó a publicar en un diario madrileño hacia 1926 y que más tarde vería la luz como libro bajo el título de *La rebelión de las masas*, cuando afirma que "nuestra vida es en todo

instante y antes que nada conciencia de lo que nos es posible. Si en cada momento no tuviéramos delante más que una sola posibilidad, carecería de sentido llamarla así. Sería más bien pura necesidad”.¹

De ahí que se pueda hablar de una *homogeneidad fecunda* cuando ésta da cabida a la *diversidad*.² Sin embargo, la tendencia actual parece no ser la de explotar y potenciar este inagotable filón dentro de la tan extendida globalidad, sino más bien la de anularlo mediante una *homogeneización vulgar* que, con la primacía de lo igual, busca reducir al mínimo el encuentro con lo diferente. Lo anterior se debe, en gran medida, a que de natural nos cuesta, como señala el filósofo francés Paul Ricœur, “familiarizar lo no familiar”.³ No obstante, esta apertura a la *alteridad* resulta vital, pues en ella los hombres nos jugamos nuestra *identidad*, y sólo se puede realizar plenamente a través de un verdadero *diálogo* en el que se dé un *encuentro* con lo otro manteniendo la diferencia.⁴

¹ Ortega y Gasset, José, “La rebelión de las masas”, en *Obras completas* 6ª ed. (Tomo IV. 1929-1933), Madrid, Revista de Occidente, 1966, p. 165.

² Tengamos en cuenta que homogéneo, en su etimología griega (ὁμογενής), no hace referencia a lo igual, sino a lo semejante y a lo que pertenece a la misma familia, y en una familia los miembros, aunque pertenecientes al mismo linaje, son diferentes entre sí. Cfr. Bailly, Anatole, *Abrégé du dictionnaire grec-français*, Paris, Hachette, 1901, p. 613.

³ Ricœur, Paul, “Arquitectura y narratividad”, en *Arquitectonics. Mind, Land & Society* (Arquitectura y hermenéutica, N° 4), Barcelona, Edicions UPC, 2003, p. 29.

⁴ La palabra griega διάλογος, que ya es en sí misma el resultado de la unión sin confusión del adverbio y preposición διό (a través de, entre, a distancia) con la palabra λόγος (palabra, discurso, relato, razón, inteligencia, pensamiento), nos habla justamente de esto. El ‘entre’ o el ‘a través de’ señalan esta distancia necesaria —esta *justa distancia*, en términos de Paul Ricœur— que mantiene la diferencia sin llegar a la incomunicación o a la contienda. Cfr. Ricœur, Paul, *Lo justo 2. Estudios, lecturas y ejercicios de ética aplicada*, Madrid, Trotta, 2008. Un relato de dos tribus, narrado por Lévi-Strauss, explica con claridad la importancia de mantener esta distancia justa: “Si nos ubicásemos más cerca de esta distancia óptima, las fiestas, el ruido y las costumbres diferentes debidas a nuestra cultura de cada tribu molestarían la convivencia y nos pelearíamos. Si la distancia fuese mayor, el miedo a no saber qué hace la otra tribu, al no verla en absoluto, generaría también peleas y conflictos. Hemos de colocarnos a la distancia justa, única y singular que nos permite el diálogo y la supervivencia y el desarrollo sincrónico de las dos culturas”. Lévi-Strauss, Claude, citado en Muntañola Thornberg, Josep, *Topogénesis. Fundamentos de una nueva arquitectura*, Barcelona, Edicions UPC, 2000, p. 65.

Pensemos ahora un poco acerca de la naturaleza de la arquitectura y de lo urbano, que es el tema que nos ocupa. ¿No es acaso la ciudad un *lugar de encuentros*? ¿No es la estructura urbana un conjunto armonioso en el que las diferentes voces se entrecruzan y relacionan gracias a sus diferencias? Sí, porque una ciudad viva y vivificante debe de ser necesariamente *polifónica* —en términos de Mijail Bajtín— e *intertextual* —en términos de Paul Ricœur. Por ello, el arquitecto vive (o debería vivir) dialogando, pero no sólo con la arquitectura hodierna y con aquella que le precede, sino que también tendría que ser capaz de dialogar con aquella que aún está por venir, pues como dice Bajtín: “la exclusiva tendencia al reconocimiento, la búsqueda única de lo conocido (de lo que ya fue), no permite que se manifieste lo nuevo (es decir, lo principal, la totalidad irrepetible). (...) Todo aquello que sólo pertenece al presente, muere junto a éste”.⁵ De ahí que Josep Maria Montaner llegue a afirmar que “toda ciudad viva tiene como misión servir de puente entre el pasado y el futuro, ya que no puede existir futuro sin memoria del pasado”.⁶ Y no puede existir pues, como nos recuerda Álvaro Siza, “sin la historia se vuelve abstracta la invención”.⁷ De lo cual se puede concluir que sólo quien es capaz de entablar un verdadero diálogo con el pasado lo puede hacer con el futuro.

Ahora bien, es importante reconocer el hecho de que dialogar con el pasado no siempre resulta fácil. Pero la dificultad reside, en la mayoría de los casos y por paradójico que parezca, justamente en la falta de *diálogo*. Con demasiada frecuencia se piensa que el diálogo es una conversación amena, tranquila, distendida, en la que se da una total comunión de pareceres. Sin embargo, el diálogo —el auténtico diálogo— implica lucha y no sólo concordia; diferencia y no sólo igualdad. Por ello Luigi Snozzi subraya que “cada intervención debe tener en cuenta y confrontarse con la estructura del lugar”.⁸ Lo cual es reafirmado por José Antonio Ramos cuando dice: “siempre he tenido en

⁵ Bajtín, Mijail, *Estética de la creación verbal* 8ª ed., México, D.F., Siglo XXI, 1998, pp. 349 y 365.

⁶ Montaner, Josep Maria, “El lugar metropolitano del arte”, en *La modernidad superada. Arquitectura, arte y pensamiento del siglo XX*, Barcelona, Gustavo Gili, 1992, p. 176.

⁷ P. 43.

⁸ P. 171.

cuenta el lugar, siempre (...), pero lo he tenido en cuenta interpretándolo a mi manera”.⁹

Esto es lo que nos enseña una gran obra de arquitectura como lo es la ampliación del Ayuntamiento de Gotemburgo, a la cual se refiere José Antonio Ramos en varias ocasiones.¹⁰ Una obra fruto de un diálogo, de una *lucha* de casi 20 años (1917-1937) en la que Erik Gunnar Asplund trató de *comprender* en profundidad la realidad del lugar al que se enfrentaba para intentar enriquecerlo. Y ahí está el resultado: una obra en la que se hace evidente, como indica Bajtín, que “la comprensión es activa y tiene un carácter creativo. La comprensión creativa continúa la creación, multiplica la riqueza artística de la humanidad. (...) En el acto de la comprensión se lleva a cabo una lucha, cuyo resultado es un cambio y un enriquecimiento mutuo”.¹¹ Por ello Siza señala la imperiosa necesidad de “estudiar y descubrir cuál es la vocación de un lugar”¹², a lo que Snozzi agrega “que casi cada lugar contiene ya el proyecto, si uno es capaz de leer los acontecimientos”.¹³ Pero para poder realizar esta lectura tan precisa del lugar es necesario, tal como nos dice Benedetta Tagliabue, que los arquitectos sigan “afinando su sensibilidad y haciendo una arquitectura más dialogante”.¹⁴

El diálogo es, por tanto, *encuentro*¹⁵ e *intercambio*. Se parte de dos realidades que, manteniendo su autonomía, se respetan, enriquecen y valoran mutuamente. Aquí no hay lugar para el sometimiento del otro o para la anulación del propio yo —pues tanto la imposición como la sumisión constituyen un tipo de monólogo que destruye el diálogo. En este sentido, la copia y la imitación son monólogos que, tarde o temprano, terminan por arruinar la realidad imitada, pues el monólo-

⁹ P. 123.

¹⁰ Cfr. pp. 139, 145 y 149.

¹¹ Bajtín, Mijaíl, *op. cit.*, p. 364.

¹² P. 49.

¹³ P. 165.

¹⁴ P. 89.

¹⁵ Recordemos que la palabra *encuentro* (del latín *in contra*) se puede entender tanto en sentido de acercamiento: confluencia, acuerdo o reunión, como en sentido de distanciamiento: separación, oposición o enfrentamiento.

go, como explica Bajtín, “está concluido y está sordo a la respuesta ajena, no la espera ni le reconoce la existencia de una fuerza *decisiva*. El monólogo sobrevive sin el otro y por eso en cierta medida cosifica toda la realidad. El monólogo pretende ser la *última palabra*”.¹⁶

De esta forma, el monólogo es el patético espectáculo del que busca inútilmente hacer de su reflejo un *otro* (Narciso podía contemplar su hermosa imagen reflejada en el agua, pero no podía dialogar con ella). Un diálogo no es ni un discurso que se lanza al vacío sin esperar respuesta, ni un soliloquio que se desvanece en los reducidos confines de la propia interioridad. El diálogo exige la insustituible presencia de un ‘yo’ y de un ‘tú’; es el enriquecedor intercambio que surge —precisamente por ser diálogo— de la *confrontación* —entendida como un ponerse *cara a cara*— de dos mundos que, aunque distantes y diversos entre sí, *se necesitan*. Por eso Snozzi nos recuerda que “no se trata de que la arquitectura se integre en un sitio, sino de que cree un nuevo sitio mediante una relación de contraposición y no de sumisión”.¹⁷ Y añade, “pienso que la historia es fundamental, pero es necesario hacer fuerza para no someterse a la historia. (...) De ahí que con la historia se ha de discutir y, algunas veces, pelear, si no la historia te destruye. Es destructiva cuando hay sumisión”.¹⁸

Por ello, de un auténtico diálogo nadie sale igual y nadie resulta perdedor. ¿Qué sería del antiguo edificio del Ayuntamiento de Göttingen sin la ampliación de Asplund? Lo mismo que sería de la plaza del Capitolio sin la intervención de Michelangelo o de la Basílica de San Pedro sin la columnata de Bernini: una auténtica pérdida para esos lugares y para la humanidad. Pero lo mismo sucedería si desapareciera el antiguo edificio del ayuntamiento, los edificios preexistentes en la plaza del Capitolio o la Basílica de San Pedro. Y esto es así porque Asplund, Michelangelo y Bernini no buscaban sólo diseñar un *añadido* para acoger las necesidades requeridas, sino hacer de aquel conjunto una nueva y maravillosa *totalidad*.

¹⁶ Bajtín, Mijaíl, *op. cit.*, p. 334.

¹⁷ P. 203.

¹⁸ P. 163.